

horizontes de la cultura

BUNRAKU LA PURA ILUSION

por Diego Mirán]

EC 3/11/63 p.7

Si hay algo que el teatro occidental está obligado a aprender del oriental es el carácter rigurosamente ilusorio de la escena y de la acción en este último. Pero precisamente el no-realismo del drama oriental en sus diversos géneros está precisado, subrayado diríamos, por la presencia en el ámbito de la creación de los más directos y evidentes elementos reales. El fenómeno de potenciar la ficción mediante signos que denuncien, por contraste tangencial, la circunstancia que es constante en el teatro japonés.



Ningún género, sin embargo, ilustra mejor esta contradicción reveladora que el teatro de títeres, especialmente en la variedad denominada Bunraku, de la cual Lima tiene en estos días una sintética muestra. El muñeco de tamaño natural es accionado por el tiritero desde atrás, a la vista del público, sin otro disimulo que la neutralidad cromática. De hecho, entonces, los movimientos del manipulado y lo manipulado se relacionan ante el espectador. Es éste quien debe escindir, merced a su imaginación y a la habilidad del artista que acciona la marioneta, lo real de lo ficticio, lo mecánico de lo artístico.

D'Amico ha reflexionado inteligentemente sobre los resultados de esta dualidad en la escuela teatral japonesa del títere considerando que las formas dramáticas propiamente dichas —el Kabuki y el Noh— recibieron de los muñecos sus características más singulares. Movimientos, expresiones (o inexpressiones, pues también se trata de éstas), recitación, etc., son de índole titiritesca. Rehuyen la manifestación de los sentimientos y las pasiones por el lenguaje gesticular y prefieren el maquillaje estático en el Kabuki o la faz rígida y la máscara pálida en el Noh.

El Bunraku —o Joruri, que es otro de los nombres que merece, precisamente en recuerdo de una heroína famosa de una de las piezas clásicas— ha logrado gracias a una técnica prolija hacer de los muñecos verdaderos seres sensibles, verdaderos humanos de plano mitológico, al punto que el público "ve" la actuación de la marioneta sin tener en cuenta sino en un segundo plano de la conciencia el trabajo del marionetista. He aquí precisamente el triunfo del teatro ilusorio, el triunfo del espectáculo puro. No sería tal si, a la manera de los muñecos proverbiales en Occidente, los hilos y las manos se ocultaran mañosamente entre las bambalinas.

Brecht pensó en la necesidad de "extrañar" al espectador de los sentimientos y la enajenación que conllevan, como una manera de hacer un teatro crítico y narrativo, echando mano de los recursos de la escena oriental. No otra cosa se desprende de la experiencia del Bunraku en donde todo es fruto de la fantasía —o sea, de fábula— excepto la descarada fabulación. De cualquier modo, los experimentos del dramaturgo alemán no culminaron con él y el tablado espera mucho del ahondamiento de sus ideas e intuiciones.